

El reto de la despoblación y la pertenencia a una comunidad

Dolores Puga (CSIC)

Hace cuatro años la publicación del libro “La España Vacía”, del periodista Sergio del Molino, reabrió la polémica sobre un asunto que no era en absoluto nuevo, la despoblación en una parte importante del territorio peninsular. La concatenación de ciclos electorales posteriores y el peso específico en nuestro sistema electoral de los territorios más despoblados, han favorecido que las condiciones de vida en estos territorios se mantengan en el debate público.

En España hay casi 5.000 municipios con menos de 1.000 habitantes. En ellos residen en torno a un millón y medio de habitantes. Representan el 3% de la población, pero el 40% de la superficie y el 61% de las entidades locales. En palabras de Luis Camarero, si sobre el mapa de España trazásemos una rejilla cuyas cuadrículas abarcasen 1 km² y marcásemos aquellas en las que vive alguien, encontraríamos que en el 80% del territorio no vive nadie. Esta es una realidad histórica. La configuración del territorio generó un modelo de poblamiento de baja densidad en buena parte del mismo. Nuestro hábitat nació para otras formas de vida. Es un sistema de asentamientos creado para la subsistencia de la población residente en el mismo, pero que nuestras formas de vida actuales están convirtiendo en un recurso de consumo cultural y medioambiental, con costes para la población residente. No es posible reconstruir las condiciones de vida iniciales. Pero tampoco lo debe ser ignorar la posición de desigualdad de los habitantes en estas áreas.

La actual pérdida de población en muchos de ellos es, también, el resultado de un largo proceso. Fue entre los años 30 y 50 del siglo XX cuando estos territorios tuvieron su máximo volumen demográfico, como consecuencia del intenso crecimiento vegetativo experimentado durante las etapas centrales de la Transición Demográfica. Tras este crecimiento sufrieron intensos flujos emigratorios. Entre 1950 y 1991 perdieron casi 2 millones y medio de habitantes. Los jóvenes, muy numerosos en ese momento, emigraron en busca de oportunidades laborales y educativas en las ciudades. Con ello se perdió no sólo a la población joven, sino también los nacimientos potenciales a los que podrían haber dado lugar, dado que era la población en edades reproductivas. Este proceso condujo a una gran

homogeneidad generacional entre los residentes en esos territorios, que envejecieron al mismo tiempo. En la actualidad muchos de estos territorios vuelven a sufrir una pérdida de población que, en realidad, tiene su origen en aquellos procesos migratorios. Al llegar a su senectud las generaciones que no emigraron entonces, los procesos de despoblación se producen por mortalidad, por extinción de generaciones. La España rural en su conjunto tiene hoy más población que hace un cuarto de siglo. No obstante, muchos pueblos, sobre todo en las comarcas más alejadas de ciudades medias y grandes, están gravemente afectados por el envejecimiento y una despoblación creciente.

Se trata de zonas con muy bajas densidades (con una media de 7 habitantes por km²), con un pronunciado sobrevejecimiento, una relativa escasez de mujeres -debido a la histórica migración diferencial- y una escasa participación en la reciente inmigración internacional. Esta, caracterizada por una elevada circulación, no ha llegado a arraigar en el territorio. Estas áreas han captado un 1,85% de la inmigración de las últimas décadas, con un número significativo de inmigrantes “de paso”. El problema no es tanto la falta de políticas, como la falta de implementación de las mismas. El desarrollo rural depende, en gran medida, de que las economías locales sean capaces de diversificarse hacia sectores distintos del agrario. En algunas áreas, la resiliencia económica a través del turismo rural, las segundas residencias y la existencia de recursos concretos ligados al territorio, pueden garantizar la continuidad económica y el mantenimiento de unos mínimos poblacionales. No obstante, en la mayoría de los casos debemos asumir una nueva configuración territorial, caracterizada por un modelo de baja densidad y una resignificación de la ruralidad.

Ningún país europeo ha frenado sustancialmente esta evolución hacia el sobrevejecimiento y la despoblación, cuando esta ha sido intensa. La despoblación, como se ha comentado, es el resultado de procesos largos y de lógicas globales. A grandes rasgos, podríamos decir que es el resultado de tres grandes transiciones: la transición de los regímenes alimenticios y la industrialización de la producción alimenticia, la transición hacia una movilidad múltiple y creciente y la transición demográfica. Esta última deja como resultado sociedades envejecidas, con más población de más edad y de más edades. Una población transformada que demanda nuevas formas de organización social y nuevas relaciones entre generaciones.

El mismo proceso que causa el envejecimiento de la población, la Transición Demográfica, está cambiando el escenario de coexistencia entre generaciones en el seno de las familias, en todos los territorios. Las transformaciones en las dinámicas demográficas producirán una reducción en el potencial de apoyo intrageneracional y cambios en la dirección de los flujos entre generaciones, con una mayor provisión de apoyo desde generaciones anteriores y un mayor consumo de apoyo desde generaciones posteriores. En términos de trayectorias medias no es esperable una disminución de los vínculos sino una transformación de los mismos. No obstante, aumentará la desigualdad en términos de acceso a vínculos familiares y sociales. En aquellos momentos en los que el apoyo informal a través de dichos vínculos se convierte en una fuente de bienestar indispensable, algunos sectores de la población pueden encontrarse en una situación de vulnerabilidad debido a la escasez o inexistencia de los mismos. En este escenario, las situaciones con mayor vulnerabilidad potencial están relacionadas con poblaciones rurales en las que los mayores envejecen entre mayores, con redes más frágiles y una mayor distancia entre generaciones.

Habitualmente las altas densidades se asocian con el crecimiento económico. Por el contrario, una baja densidad demográfica genera recursos paisajísticos y permite estilos de vida *slow*. Pero la calidad de vida de los habitantes en estas zonas no sólo depende de las posibilidades de desarrollo material, sino también de las posibilidades de adecuación a las expectativas vitales. La baja densidad resulta muy ventajosa en términos de mantenimiento de la calidad ambiental, pero también ofrece desventajas relevantes en términos sociales. En municipios de menos de 1.000 habitantes un 24% tiene más de 70 años. En buena parte del interior peninsular más de un tercio de sus habitantes superan los 70 años. Existe una posición de desigualdad por residir en áreas rurales. La población de edad intermedia duplica esfuerzos en un contexto de menor presencia de servicios y equipamientos.

Los pilares de la red social de los mayores a medida que avanza la vejez son, en mayor medida, los vínculos con los hijos y nietos. La evolución demográfica producirá un aumento de la coexistencia con dichos vínculos. Las redes de apoyo en las próximas décadas se basarán más en la duración del tiempo de vida compartido con los diversos vínculos que en su número. Estas estructuras de redes serán más vulnerables a riesgos con alguno de esos vínculos, por ejemplo, un aumento de la distancia entre generaciones. En el pasado, con redes familiares más horizontales, más basadas en el número de

vínculos, era menos relevante la distancia con alguno de ellos (pues había más). Por el contrario, la evolución hacia redes más verticales, que basculan más sobre la duración de los vínculos que sobre su número, las hace mucho más vulnerables a las posibles alteraciones relacionadas con cualquiera de esos vínculos. De esta forma, por ejemplo, una migración produce un aumento de la distancia entre generaciones que puede alterar notablemente las transferencias posibles a través de dicha red. La distancia geográfica con los miembros de la familia está fuertemente asociada con el intercambio de apoyo. La cercanía es un indicador de estrategias de reciprocidad a lo largo del curso de vida que muestra cómo las generaciones intercambian cuidado y apoyo. El modo en que una familia se organiza en el territorio ofrece una indicación de los vínculos y transferencias entre parientes. La educación y la edad son los predictores más robustos de proximidad entre generaciones - a mayor nivel educativo y mayor edad, mayor distancia. Ello podría conllevar en el futuro próximo una expansión de la distancia entre generaciones como resultado de la mayor presencia de titulados universitarios en las generaciones más recientes. En poblaciones con una escasa presencia de generaciones jóvenes y un intenso desequilibrio intergeneracional, una mayor dependencia de la continuidad y la cercanía con cada uno de los (cada vez más escasos) vínculos que conforman la red de apoyo, las fragiliza aún más.

Por otra parte, la movilidad es un recurso básico en las estrategias de los residentes en áreas rurales. Las áreas urbanas ofrecen menores necesidades de movilidad, dadas sus mayores densidades de recursos y su mayor accesibilidad a los mismos. Las áreas rurales están vivas porque sus habitantes pueden moverse, pero esto castiga a quienes tienen dificultades para ello, como las personas mayores. La dispersión y el difícil acceso a equipamientos y servicios hace que la implicación de otras generaciones familiares sea intensa. La atención a la dependencia se realiza mediante redes de reciprocidad familiar con repercusiones en la calidad de vida de aquellos que no cuentan con vínculos cercanos. Por otra parte, el cuidado de otros repercute de un modo directo en las trayectorias laborales y vitales de la generación intermedia.

Otro aspecto que le confiere vulnerabilidad a las poblaciones que envejecen en áreas rurales, es la alta homogeneidad generacional de sus redes sociales. Los residentes son mayores envejeciendo entre mayores. Como se ha comentado, la distancia con la

siguiente generación afecta a las posibilidades de apoyo y cuidado. Pero además, las relaciones sociales en las que participan miembros de distintas generaciones favorecen un mayor nivel de bienestar en la vejez, al facilitar a la persona de edad el acceso a un mayor abanico de información y recursos de distintos tipos. A través de nuestros vínculos en la red social obtenemos acceso a información, a recursos muy diversos, apoyo en la toma de decisiones, influencia social, contactos interpersonales, ayuda instrumental, apoyo emocional, valoración, vinculación social y satisfacción. Estos mecanismos influyen en nuestro estilo de vida -por ejemplo, en nuestros hábitos nocivos o en nuestros contactos con el sistema sanitario-, influyen también en factores psicológicos -como la autoestima o la autoeficacia-, así como en diversas vías fisiológicas -como el sistema inmunológico o la reactividad cardiovascular, y a través de todas ellas, en último término, en nuestra salud y bienestar. Cuanto más diversa es la red social, mayor es el abanico de recursos e influencias potencialmente positivos para nuestro bienestar. Por el contrario, las redes sociales más homogéneas, como las que encontramos en muchos ámbitos rurales, son una fuente de bienestar menos eficiente, confiriendo a estas poblaciones una mayor vulnerabilidad.

Las redes sociales en áreas rurales son, además, más intrageneracionales; es decir, más basadas en amigos, vecinos y otros familiares (hermanos, primos) de nuestra misma generación, y menos en hijos y nietos. Estas redes, más extensas inicialmente, son más vulnerables al paso del tiempo, pues adelgazan más rápidamente a medida que avanza la vejez. Ello se debe a que los componentes de las mismas están sujetos a los mismos riesgos de salud y supervivencia. Son redes más frágiles al paso del tiempo que aquellas que cuentan con miembros de distintas generaciones.

Este es el escenario sociodemográfico en el que interpretar la despoblación, un entorno con una desagrarización creciente, una elevada movilidad y fuertes desequilibrios en la estructura demográfica, que afectan a la continuidad en la red de apoyos y cuidado. El gran problema es el desequilibrio generacional. Una población se compone de generaciones. El despoblamiento no es una cuestión de números, sino de equilibrios. Hay una relación desproporcionada entre las generaciones. Más allá de la pérdida de población, lo más relevante para la calidad de vida de sus habitantes, es el equilibrio de la diversidad generacional. No sólo producimos, buena parte de nuestra vida cuidamos y somos cuidados. La clave está en que exista soporte generacional suficiente para que se mantengan las cadenas de apoyo y cuidados. Los costes

del modelo de baja densidad no deben recaer exclusivamente en los habitantes del medio rural, que ya hacen una fuerte contribución a la calidad de vida general. Resulta necesario facilitar la movilidad, potenciar el desarrollo de trayectorias vitales y profesionales, apoyar el acceso y la adaptación de viviendas y facilitar el acceso a servicios y equipamientos en igualdad de oportunidades, así como la atención a personas dependientes. Se trata de evitar extremar la desigualdad. En este empeño, los recursos tecnológicos pueden resultar una ayuda fundamental.

En las próximas décadas, en buena parte del rural, la distancia entre generaciones tendrá una mayor huella en el bienestar en la vejez, en un escenario con un menor número de vínculos por generación. Las áreas con un gran homogeneidad generacional, en las que viven mayores entre mayores, precisan una especial atención debido a la mayor vulnerabilidad de estas comunidades. Una composición generacional muy desequilibrada supone una enorme carga sobre la generación intermedia. La alta dependencia de la movilidad tiene costes en calidad de vida para las poblaciones menos móviles, como las generaciones mayores, y también para la generación intermedia, con repercusiones en sus trayectorias vitales. En las próximas décadas, una evolución hacia redes familiares y sociales más dependientes de la cercanía con cada uno de los vínculos y más vulnerables a cualquier alteración con cualquiera de ellos, agravará el escenario. Por otro lado, la alta homogeneidad generacional de las redes sociales rurales se traduce en el acceso a una menor diversidad de los recursos que fluyen a través de las mismas, con consecuencias sobre la salud y el bienestar. Son, además, redes sociales amplias pero más frágiles, dado que al estar compuestas fundamentalmente por miembros de las mismas generaciones, adelgazan más rápidamente al llegar a edades avanzadas.

Pretender exportar a estos territorios servicios de cuidado diseñados para áreas de altas densidades, muy basados en el cuidado personal, es poco eficiente y resulta en una menor calidad de vida en la vejez en estas zonas. Es necesario diseñar servicios específicos - como ya se hace en zonas de muy bajas densidades del norte de Europa- que permitan llegar a todo el territorio. Es necesario ofrecer respuestas distintas a poblaciones y territorios distintos, con el fin de cuidar a todos igual. Servicios menos basados en el cuidado personal y más tecnológicos, con un mayor abanico de pequeños servicios complementarios que se

solapen a medida que avancen las necesidades de apoyo parecen más adecuados para llegar a toda la población y reducir una desigualdad ya existente y que se adivina creciente.